

La Iglesia Católica, la lucha por la supervivencia

Como un gato panza arriba, luchando por sobrevivir contra su peor enemigo: ella misma.

Sí, el actual Papa, Francisco I, ha iniciado una serie de acciones encaminadas a garantizar la continuidad de la Iglesia Católica, pero lo tiene muy complicado.

Son varios los factores que se combinan para poner en cuestión dicha continuidad. En primer lugar la propia estructura jerárquica, su boato, su prepotencia social (una práctica de siglos a la que es difícil renunciar), su alejamiento de las bases que son los creyentes seculares potencian la permanente sangría de fieles que abandonan el catolicismo para engrosar las filas del protestantismo e incluso otras religiones ajenas al catolicismo. No son tampoco una cantidad despreciable aquello que directamente pasan a ser no creyentes.

Por otra parte, entre quienes se mantienen más o menos fieles a Roma, surgen cada vez más planteamientos discrepantes en relación a lo que es la vida diaria y como debería verse reflejada en la creencia religiosa y las tesis oficiales de la Iglesia. Temas como el divorcio, los segundos matrimonios, las parejas de hecho, el control de la natalidad, la homosexualidad, el matrimonio Gay, el aborto o la eutanasia, todos ellos en el orden del día a día de la gente común, son causa de discrepancia entre los seculares, por una parte, y la jerarquía católica y su inmovilismo social, por otra.

Y todo ello no es ajeno al hecho de que los seminarios estén prácticamente vacíos. En una sociedad donde los valores laicos están en auge, es improbable que haya muchas personas dispuestas a someter sus vidas a criterios tan absurdamente opresivos como los que rigen la estructura interna de la Iglesia.

El Papa Francisco, que evidentemente no es tonto, pretende cambiar esto. O al menos intentarlo. Pero el éxito del proceso es poco, muy poco probable. Por una parte hay temas muy sensibles cuyo cambio de criterio es casi imposible. Especialmente complejos son la homosexualidad (incluyendo el matrimonio Gay), el aborto y la eutanasia. Y lo son porque representan desdeirse de siglos de afirmaciones, y de principios morales y dogmáticos de hondo calado. En otros temas pueden suavizarse las posturas para lograr un acercamiento a los colectivos afectados. Incluso en el caso de la homosexualidad cabe un acercamiento. De hecho este parece ser el

propósito del llamado Sínodo de la familia. Y sin embargo tal sínodo ha resultado mucho más polémico de lo que se preveía, una verdadera jaula de grillos.

Frente a los atisbos de aperturismo hacia la sociedad actual, los sectores más retrógrados han saltado como verdaderas fieras, defendiendo la inmovilidad de sus posturas. Es evidente que estos últimos son incapaces de ver que la propia estructura de la iglesia se derrumba. Si el permanente transfuguismo de los seglares deja, a medio/largo plazo, deja sin base real a la iglesia, si la falta de reemplazo en la parte clerical deja sin recursos humanos el edificio de la misma ¿Cuánto tiempo podrá sobrevivir la institución?

Los enemigos del Papa Francisco, hoy, no somos los descreídos, los ateos, sino sus propios obispos. Cuando un obispo hace afirmaciones, por ejemplo, como las del titular de Alcalá de Henares, comparando la organización en defensa del aborto conocida como "Tren de la libertad" con el campo de exterminio de Auschwitz, los intentos de Francisco de acercamiento a la sociedad civil, de suavizar posturas y tender puentes, se hacen añicos. Son esos sectores más arcaizantes los que ponen en serio peligro las reformas que impulsa el Papa, y si esas reformas fracasan, las posibilidades de supervivencia de la actual estructura católica van a disminuir seriamente.

¿Es posible un cisma? Es muy pronto para que una situación tan extrema se dé, pero hay un factor nuevo en la actualidad de la iglesia. Desde hace ya bastantes años, la Iglesia Católica es en realidad dos iglesias: una aferrada a los antiguos y desfasados dogmas, y otra que tiene una mayor sintonía con la sociedad actual. Sin embargo hasta el presente, ningún Papa hasta el actual había tenido la intención de promover un giro importante en el posicionamiento de la organización.

No es que vea al actual Papa como un progresista ni mucho menos. Creo más bien que es pragmático y piensa que la evolución de las posturas eclesíásticas es un paso inevitable para la supervivencia de la institución, y desde esta postura la promueve. No cabe esperar tampoco un cambio radical. El problema es si ese cambio, aunque sea minúsculo, puede ser asumido por los sectores más reaccionarios, y por otra parte determinar cuáles son los apoyos reales con los cuenta Francisco para llevar a cabo el mismo.

Si la voluntad y los apoyos son ciertamente suficientes, podríamos vernos ante un cisma semejante al protagonizado por el arzobispo

Marcel Lefebvre, pero de una profundidad y una amplitud mucho mayor. Después de todo, las altas jerarquías defensoras del inmovilismo representan aun un porcentaje muy elevado del total de las mismas, mientras que el grueso de los defensores del cambio está compuesto por seculares y eclesiásticos de bajo nivel. En esta guerra, no es tan importante el número de integrantes de cada postura como la capacidad de comunicación pública de la misma. El Papa tiene limitaciones en lo que puede decir públicamente. No puede, por ejemplo, afirmar que todas las posturas anteriores defendidas por la institución son erróneas. Por el contrario, sus opositores pueden aferrarse a la "verdad inmutable" defendida por la Iglesia desde hace siglos. Que esa "verdad inmutable" se corresponda en realidad al lado más oscuro de la institución, carece de importancia. La inmensa mayoría de la gente desconoce la historia real de la Iglesia Católica y sus actos criminales. El citado obispo de Alcalá de Henares se ha atrevido a afirmar que la Iglesia católica está perseguida en España, y más aún, que la persecución de la Iglesia dura ya 2000 años, y todo sin inmutarse, ni escapársele la risa tonta.

Lógicamente no todos los seculares son defensores de cambios en los planteamientos de la Iglesia, aunque sí suelen ser estos los más activos y participativos. Hay también una parte que comparte prejuicios con las jerarquías más anquilosadas, y una mayoría de indiferentes pero que indirectamente se ven influidos por la realidad social. De estos dos últimos grupos, el primero es inamovible de sus planteamientos dogmáticos. El segundo se parece mucho a los indecisos políticos, capaces de decisiones contradictorias. Ciertamente muchos aceptan las nuevas formas sociales y tienen una predisposición a aceptar una normalización social de la institución religiosa. Pero también son manipulables por los conservadores de las formas más dogmáticas. Sin embargo este grupo es, generalmente, religioso por acomodación a la tradición, y no suele ser especialmente activo. Por ello, y aunque sea mayoritario no son un soporte suficiente para asegurar el futuro de la Iglesia. De ahí que para el Papa sea necesario acercarse a los sectores más activos, y también más exigentes en cuanto a una evolución de la institución.

Cada sector tiene sus puntos fuertes y sus puntos débiles. Así que el enfrentamiento promete ser interesante, al menos para un observador externo. No obstante esto es una simplificación. Ninguno de los dos sectores es plenamente homogéneo. Dentro del que impera el conservadurismo, hay grados. Desde quienes no admitirían el menor cambio hasta aquellos que están dispuestos a transigir en

algunos puntos siempre que se conserven otros de forma integral. Igualmente ocurre en el otro bando, ya que hay quien desea un cambio radical, y no está dispuesto a aceptar nada por debajo de tales expectativas, hasta quienes ven cualquier cambio como un paso en positivo.

De hecho el sínodo a terminado de forma tan confusa como se ha desarrollado. Si el borrador del texto de conclusiones parecía entrever un cierto aperturismo, la presión del sector más retrógrado ha cercenado de cuajo, prácticamente, toda veleidad progresista. Los primeros signos de apertura que aparecían en el borrador han sido eliminados. La apertura a divorciados se ha quedado en una mayoría de 104 votos, insuficientes para conseguir la mayoría cualificada de 123 votos (dos tercios de los presentes, es decir de 183 votantes), y el texto rectificado y descafeinado referido a los homosexuales se ha quedado con 118 votos, pese a las citadas rectificaciones.

Pero a ello hay que añadir que de los participantes en las discusiones faltaban 70 participantes en el momento de las votaciones (de los 253 participantes en el sínodo, solo votaron 183). ¿Qué hubiera ocurrido si dichos ausentes hubieran participado en la votación? Si tenemos en cuenta que por decisión papal se incluyen en la documentación final y pública tanto los textos no aprobados pero respaldados por mayoría no cualificada y los votos obtenidos por dichos textos, no resulta muy aventurado suponer que dichas ausencias corresponden a votos negativos y tal decisión (no participar en las votaciones) obedece a un intento de salvar las apariencias. Si las opciones aperturistas, promovidas claramente por el Papa, hubieran salido derrotadas de forma categórica (con victoria aplastante de los opositores), la inevitable lectura sería una clara desautorización del Papa por parte de sus obispos y cardenales, con lo que estaríamos a un paso del comentado cisma.

La crisis en la que está inmersa la Iglesia Católica se ha resuelto en falso, máxime cuando ahora toca a las iglesias locales proseguir la discusión en base a los textos surgidos del Sínodo, y que los resultados de estas futuras discusiones deben ser la base de un futuro nuevo Sínodo, previsto para el 2015, que sí deberá tener conclusiones prácticas.

Así pues, las espadas están en alto y la lucha promete ser reñida. Es muy posible que el futuro pueda depararnos más de una sorpresa.